

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EN LA INAUGURACIÓN DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1905 A 1906

POR EL DOCTOR

D. Ramón Carranza Ibáñez

Catedrático de Ginecología



SALAMANCA

Imp. y Lib. de Francisco Núñez

1905



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOSUSALLES

DISCURSO DE APERTURA

1905 à 1906





DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EN LA INAUGURACIÓN DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1905 A 1906

POR EL DOCTOR

D. Ramón Carranza Ibáñez

Catedrático de Ginecología



SALAMANCA

Imp. y Lib. de Francisco Núñez

1905



DISCURSO

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Excmo. Sr.

HE venido aquí á pagar el último tributo á esta Escuela queridísima, obligado por el cumplimiento de un deber reglamentario y que sólo por ser inexcusable he podido aceptar, pues cuando se llega al ocaso de la vida, agobiado de achaques y pesadumbres, faltan las energías necesarias y la labor no puede ser fecunda; pero como obedecer es amar y yo amo á la ciencia como amé á mi madre en presencia, y jamás la olvidaré en su ausencia, de aquí el que me crea muy honrado al desempeñar este cometido.

Todos los que nos dedicamos á la enseñanza estamos obligados á depositar un óbolo en el santuario de la ciencia en armonía con nuestras fuerzas y con los estudios que especialmente cultivamos, y yo quiero aprovechar esta ocasión para exponer públicamente el concepto que tengo de la asignatura que hace veinticinco años vengo explicando.



Me refiero á la Ginecología (1) ó enfermedades propias de la mujer, cuyo concepto es algo distinto del que tienen la mayor parte de los Ginecólogos modernos. Tanto en las explicaciones de los profesores como en los libros de la Patología especial de aquélla, existe un vacío que es preciso llenar, dada la tradicional costumbre de los médicos que no consideran á la mujer, en su distinción con el hombre, nada más que bajo el punto de vista de su organización sexual, como si aquélla no se diferenciase de éste más que en su aparato generador; de donde resulta, que no conociendo bien á la mujer sana, no puede conocerse cumplidamente á la mujer enferma.

Hora es ya, pues, de rectificar este concepto estrecho y desvanecer un error que interesa tanto al médico como al jurisconsulto y al sociólogo.

Mas, antes de entrar en el fondo del asunto, conviene dar una idea general del hombre y de la mujer, pasando luego á examinar los caracteres físicos, morales, sociales é intelectuales de la misma, para deducir después las conclusiones fisiológicas y patológicas que resulten de dicho examen.

Según el Génesis, Dios creó al hombre después de haber creado el Universo, y después de haber hecho el hombre hizo la mujer; es decir, que el hombre y la mujer se completan para figurar á la cabeza de todo lo creado por Dios, y ejercer, por consiguiente, el supremo dominio sobre la tierra, sin más dependencia que la

(1) Ginecología, procede esta palabra de dos griegas. *γυνή* que significa mujer y *λόγος* tratado; tratado de la mujer.

Ginecopatía: la misma procedencia de *γυνή* mujer y *πάθος* afección del cuerpo ó del alma, sufrimiento: afecciones de la mujer.

Ginecología, la hacen algunos sinónima de ginecopatía; lo cual no es exacto según se vé bajo el punto de vista etimológico.

Nosotros, para evitar confusiones, creemos más acertado el conservar el dictado antiguo: "Enfermedades propias de la mujer."

de su Creador; pero como Adán (1) fué formado del limo de la tierra, y Eva (2) de la costilla de éste, paréceme que, bajo el punto de vista humano, es en su origen más perfecta que el hombre, por más que en ambos sea de igual excelencia y dignidad el espíritu inmortal que los anima.

Según la doctrina evolutiva, la génesis del hombre hay que buscarla en el materialismo, pero como la materia no puede dar lo que no tiene, cual es una fuerza creadora, resultará que, sin negar en absoluto la evolución orgánica de los séres, no debe confundirse la evolución con la creación.

Es cierto que si bien los dos sexos tienen el mismo origen divino, el mismo aire sus cuerpos y la misma majestad sus rostros, no son iguales sus funciones y aptitudes ni igual tampoco la ulterior misión sobre la tierra; en efecto, entre los diversos modos como se verifica la reproducción de las especies, debe la humana el suyo al concurso de dos individuos semejantes por los rasgos más generales de su organización, pero destinados á cooperar á ella por medios particulares y propios á cada uno de los dos.

La diferencia de estos medios constituye el sexo, cuya esencia no se limita á un órgano particular, sino que se extiende por gradaciones, más ó menos sensibles, á todas las partes; por manera que la mujer no lo es bajo un solo aspecto sino que lo es también bajo todos los demás en que se la puede considerar.

Hay, no obstante, un tiempo en que estas gradaciones ó no existen ó son imperceptibles; por ejemplo, en el embrión humano se encuentran unos cuerpos granulados situados en la parte lateral de los vacíos llamados cuerpos de Wolff ó riñones primitivos por Ja-

(1) Adán procede del hebreo, que significa parra.

(2) Eva se deriva del hebreo, que significa vida.



cobson; pues bien, estos órganos, idénticos en los embriones de ambos sexos durante la primera época de su vida embrionaria, no vienen á ser otros que los genito-urinaris primitivos, según opinión de anatómicos y fisiólogos eminentes. Después la identidad de ellos es absoluta hasta el segundo tiempo de la existencia de los cuerpos de Wolff, en que la sexualidad se especializa. Tampoco en los primeros años de la vida extra-uterina parecen diferentes á simple vista los dos seres de que nos venimos ocupando; ellos tienen casi la misma delicadeza de sus órganos, el mismo andar, el mismo sonido de la voz, etc., sujetos á iguales funciones é idénticas necesidades, frecuentemente confundidos en los juegos con que se entretienen en su infancia, no excitan en el alma del espectador que les contempla con gusto ningún sentimiento particular que distinga los unos de los otros; ambos le parecen recomendables sólo por aquella tierna emoción que excita siempre en nosotros la vista de la inocencia unida á la debilidad: indiferente y aislado cada uno de ellos, no vive todavía sino para sí mismo; su existencia, puramente individual y absoluta, no deja todavía percibir ninguna relación de las que deban en lo sucesivo establecer entre ambos una mútua dependencia; este estado equívoco no subsiste por largo tiempo; bien pronto se reviste el hombre de los rasgos y del carácter que anuncia su destino; sus miembros pierden aquella morbidez y aquellas formas suaves que le eran comunes; bien pronto el varón ya no es el mismo individuo; el color moreno de su rostro y su voz, que ha llegado á ser más grave y más fuerte, anuncia en él un acrecentamiento de vigor necesario al papel que va á representar; la timidez de la infancia ha sido sustituida por un instinto que le impele á desafiar los peligros; nada teme, porque una sangre hirviente que se agita en sus

vasos y que intenta romper los diques que la retienen, le hace creer que él puede mucho. Su alta estatura, su paso altanero, los movimientos flexibles y asegurados, sus nuevos gustos é ideas, todo, en fin, representa en él la imagen de la fuerza y lleva el sello del sexo que debe subyugar y proteger al otro. ✽

La mujer, avanzando hacia la pubertad, parece que se aleja menos que el hombre de su constitución primitiva. Delicada y tierna, conserva siempre alguna cosa del temperamento propio del niño, la textura de sus órganos no pierde toda la blandura original, el desarrollo que la edad produce en todas las partes del cuerpo, no les da el mismo grado de consistencia que adquieren en el varón: no obstante, á medida que los rasgos de la mujer se fijan, se perciben, tanto en la forma como en la talla y en sus proporciones, diferencias que no existían y otras que no eran sensibles: aunque ella, como ya hemos visto, parte del mismo punto que el hombre, se desenvuelve, sin embargo, de una manera que la es propia, de modo que cuando ha llegado á cierta edad se encuentra, tal vez con espanto, provista de nuevos atributos y sujeta á un orden de funciones desconocido hasta entonces de ella misma; en fin, se descubre una nueva cadena de relaciones físicas y morales que llegan á ser para el varón el principio de un vivo interés oportuno para atraerlo y una fuente de nuevas necesidades para aquélla.

Pasemos ahora á ocuparnos de los atributos propios de la mujer, los cuales constituyen su individualidad fisiológica y que han de influir en su estado patológico.

Sabemos que se han escrito varias obras acerca de la mujer, pero en ellas se la trata únicamente bajo el punto de vista de su educación física ó en su aspecto



filosófico, moral y social. Por otra parte, los anatómicos y fisiólogos al estudiar el cuerpo humano toman como base, generalmente, la organización del hombre y, sólo al llegar al aparato generador, es cuando se fijan en la mujer, así como los ginecólogos modernos no ven en ella más que las enfermedades de dicho aparato.

Para proceder con método, empezaremos por el examen físico de nuestra compañera en la vida.

No basta, á nuestro objeto, haber expuesto de una manera general el origen y rasgos característicos de los dos sexos, menester es examinar detalladamente sus caracteres físicos.

Generalmente se está de acuerdo en que las partes que sirven de apoyo y fundamento á la máquina humana, es decir, los huesos, tienen menos volumen y menos consistencia en la mujer que en el hombre; como sucede con el cráneo, que es más pequeño y menos compacto, llama igualmente la atención la forma y relación que guardan las clavículas y los innominados: estos últimos, uniéndose con el sacro y el coccis, forman la pelvis, y como los primeros tienen más convexidad hacia fuera y mayor curvatura, contribuyen á darla mayor capacidad; los púbis que forman su parte anterior se tocan por un número de puntos mucho menor que en el hombre y se separan oblicuamente hacia fuera, para aumentar el espacio que media entre ellos y el coccis, ó, lo que es lo mismo, la extremidad inferior de la parte posterior de aquella cavidad, y de aquí resulta que esta hilera ósea es más ancha, más corta y resistente. Se había creído que los huesos del púbis no estaban unidos en las mujeres más que por un cartílago blando y movable, que los permitía separarse en los partos laboriosos; esta opinión, establecida sobre una necesidad supuesta, ha sido desmentida por un examen más exacto, y al presente es

sabido que estos huesos no son más movibles en la hembra que en el varón. La convexidad de los huesos innominados hace que los fémures se encuentren más distantes el uno del otro, y, como es consiguiente, esta distancia de los muslos, aumenta la anchura de las caderas; las clavículas, al contrario, son más rectas en la mujer, de suerte que el pecho y las caderas están en razón inversa en los dos sexos.

Las partes blandas que entran en la constitución de la mujer, á saber, los vasos, los nervios, las fibras carnosas, tendinosas y filamentosas, así como el tejido celular que les sirve de atadura común; son más delgadas, más pequeñas, más delicadas y sensibles que las que componen el cuerpo del hombre.

Si examinamos, por ejemplo, la masa encefálica, veremos que el cerebro, órgano más noble y de mayor superioridad jerárquica, no sólo como agente poderoso de todas las acciones vitales, si no como depositario temporal del instrumento inmediato, el alma humana, no es igual en los dos sexos: su peso valuado por término medio, es de mil ciento ochenta y dos gramos en el hombre y mil ochenta en la mujer: esta diferencia se refiere únicamente al cerebro, pues el cerebelo, el istmo y el bulbo raquidiano son casi iguales. Por otra parte, está demostrado que el encéfalo se hace más considerable á medida que se asciende en la serie animal; pero esta conclusión no se puede tomar en sentido absoluto, porque el cerebro del delfín, la ballena y el elefante, tienen más peso que el del hombre; luego no debemos fijarnos sólo en la cantidad sino también en la calidad; y esta circunstancia es precisamente la que debemos tener en cuenta en la mujer; además, la Histología nos enseña que la capa gris-cortical tiene diverso espesor según las edades, y que en el mismo cerebro varía su grosor según las circunvoluciones que se examinen.



Ahora bien, ¿tiene nada de extraño que fundados en estos datos histológicos, sentemos la proposición del predominio de las facultades afectivas en la mujer y de las reflexivas en el hombre? Es muy cierto que cada vez más se multiplican las investigaciones anatómicas, macroscópicas y microscópicas de este órgano y del sistema nervioso en general; pero es justo confesar que estos estudios se hallan muy atrasados y muy principalmente en lo que se refiere al estudio comparativo del sistema nervioso entre los dos sexos. ¡Lástima grande que nuestro sabio Ramón y Cajal no haya emprendido estos trabajos de investigación de tanta trascendencia científica, pues, seguramente, con ello se evitarían muchos errores que á diario cometen los mentalistas y filósofos.

Es igualmente cierto que la Antropología, á pesar de sus rápidos progresos, no ha podido conseguir la reconciliación de las antiguas escuelas "el materialismo y el espiritualismo". ¿Y sabéis por qué? Por los exclusivismos de secta. Es bien seguro que si los sabios de uno y otro bando se atemperasen á los resultados obtenidos por la experimentación fisiológica y las investigaciones psicológicas, procurando hermanarlas en lo posible, no se daría el caso de que Lombroso, por ejemplo, inspirador y propagandista de la Antropología criminal, haya sido vencido en la doctrina del criminal nato. Esta es la razón por que hace tiempo venimos abogando por la necesidad de introducir en el plan de estudios universitarios una asignatura más, á saber: "el estudio de la psicología-fisiológica del hombre y la mujer".

Continuando con el examen físico del sexo femenino, observamos que los sentidos participan de la misma delicadeza y suavidad que los tejidos en general, los órganos de la voz y la palabra gozan de más flexibilidad y soltura, no siendo extraño, por lo mismo, verla

brillar á aquélla en la música ó en el canto: sería arbitrario decir que la delicadeza de estas partes es un efecto de la educación femenina ó de su manera de vivir; estas causas pueden, sí, influir mucho en ella, y ya Hipócrates lo consignó en sus obras; pero hay una diferencia radical é innata que se verifica en todos los países y en todos los tiempos; es, pues, verosímil, que la disposición de las partes que componen el cuerpo de aquélla estén determinadas por su naturaleza y que ésta sirva de fundamento al carácter físico y moral de la mujer. Además de esta particular organización de los elementos constitutivos del bello sexo, es natural pensar que el tejido celular que las abraza á todas es tan abundante que, empapándolas, por decirlo así, y flotando en todas direcciones en sus celdillas, debe modificarlas en la estructura y sensibilidad; pero, sobre todo, dicho tejido es el que da á los miembros aquellas superficies uniformes y lisas, aquella redondez y graciosos contornos que tanto la distinguen. Sin poder determinar la influencia precisa que tiene la organización de estas partes en el carácter y en las funciones femeninas, puede, no obstante, asegurarse que, además de depender de aquélla sus atributos físico-morales, influye también en la disposición particular que parece tener á contraer ciertas enfermedades; porque éstas no dependen, en parte, más que de un mayor ó menor grado de intensidad en los movimientos esenciales al estado de la salud, y estos movimientos son siempre relativos á la naturaleza de los órganos que los ejecutan.

De todos modos, es innegable que la organización especial del sexo femenino puede modificarse bastante con la educación física y, principalmente, con la gimnasia llamada de sala. Y, á propósito de esto, no podemos menos de lamentar el atraso en que en España se halla la gimnasia de la mujer. No se comprende cómo



en los Institutos y demás Centros de Instrucción de los niños se exija la enseñanza gimnástica y no se halle igualmente reglamentada en las Escuelas Normales de Maestras y en los Colegios de Niñas; pero entiéndase bien que no nos referimos á los ejercicios de fuerza, pues, como dice muy bien Angel Mosso, profesor de la Universidad de Berlín, no se requiere que la gimnasia de las jóvenes sea una preparación para el servicio militar, ó que las maestras sepan tirar las armas, ni que las alumnas hagan ejercicios acrobáticos; hay, pues, mayor esperanza de que los fisiólogos é higienistas puedan ejercer su benéfico influjo. ¡Cuántos estados cloróticos y anémicos no se curarían con los ejercicios moderados y con los juegos reglamentados de las niñas! El histerismo, que tanto sobre él se ha discutido, es una degeneración del sistema nervioso que está fomentado por la vida sedentaria. El ejercicio, la luz, el aire libre, consiguen frecuentemente prevenir y curar esta enfermedad.

Respecto á los aparatos funcionales, existen en la mujer algunos que merecen especial mención por distinguirse notablemente de los del hombre, y cuyas diferencias influyen bastante en el estado de salud y enfermedad de aquélla.

En primer lugar, el aparato respiratorio es menos extenso y más enérgico, siendo cosa demostrada por los trabajos de los señores Sappey y Serres que la mayor actividad respiratoria siempre va asociada con el más alto grado de perfectibilidad animal, lo cual está conforme con lo que al principio dijimos respecto á la superioridad orgánica originaria de la mujer. Son los pulmones de ésta, con relación á los del varón, más cortos, más elevados y de más ensanche superior que inferiormente; correspondiendo esta diferencia orgánica á otras necesarias de la caja que los contiene y

protege: consisten aquéllas en ser más levantada y combada antero-posteriormente, presentando en su conjunto la forma de un cono truncado de base superior: síguese de esta disposición anatómica que la mujer respira más por el vértice que por la base pulmonar, hallándose, por tanto, en más directa comunicación con la atmósfera y regenerando su sangre con mayor actividad y perfección.

De esta especial conformación del aparato respiratorio se deduce que, elevándose el pecho en la inspiración, más á expensas de los músculos intercostales y extrínsecos superiores que del diafragma y músculos del vientre, es como se hace posible el desarrollo total del útero en el embarazo, sin cuya altitud abdominal sufriría gran trastorno la respiración y la circulación en los últimos tiempos de la preñez, y muy especialmente con los grandes y excepcionales esfuerzos del parto

El corazón, ligado tan íntimamente con los pulmones, obstanta en el sexo femenino modificaciones de situación y volumen dignas de señalarse. Más pequeño que el del otro sexo, está situado á mayor altura, revelando tal carácter una superioridad orgánica evidente: sabido es que el etiope tiene el corazón más bajo que el caucasiano, el mono lo presenta en situación más declive hacia el vientre y desciende sucesivamente más y más hasta que desaparece por completo en los animales inferiores. Lo mismo sucede con el aparato digestivo: su estómago é hígado son más pequeños y más corta la extensión del tubo intestinal que los respectivos del hombre y hasta la cicatriz umbilical se eleva más en el vientre de aquélla, siendo, por consiguiente, mayor el diámetro longitudinal de la región abdominal. Por último, la mujer bien conformada tiene los brazos más cortos y el cuello más largo que el



compañero de su raza; la etiope, de brazos más largos que la caucasiana, tiene el cuello más corto, y en el mono, cuyos brazos son larguísimos, se confunde con el cuello.

Nada diremos de los órganos y aparatos que particularizan el sexo, pues todos los autores de Anatomía y Fisiología se ocupan de ellos, y nosotros, en lugar oportuno, haremos el estudio de aplicación á nuestra asignatura: mas por anticipado diremos que la mujer, fisiológicamente considerada, es lo que es, no sólo por el aparato reproductor, sino también por sus caracteres físicos, morales, sociales é intelectuales, sin que por esto implique nuestro desconocimiento de la influencia que dicho aparato ejerce en su constitución especial.

De los atributos físicos enumerados resulta la belleza estética de la mujer relacionada con su destino en la vida de la especie.

Considerada ésta en su síntesis orgánica y bajo el aspecto estético, es más bella que el hombre; y así tenía que ser en el orden regular y armónico del desarrollo.

El perfeccionamiento de las principales funciones de la vida vegetativa de la primera sería contradictorio si el de las de su vida de relación, ó ambas á la vez, no se tradujesen en su porte exterior.

En efecto, las formas generales se caracterizan por la suavidad de los contornos, por la redondez y línea curva que dá, tanto á los músculos como á todo el cuerpo, finura, regularidad, morbidez, gracia y belleza: todo en relación con sus músculos delicados y abundancia y blandura del tejido celular. Agréguese á esto la airosa y flexible apostura, el breve cuanto ondulante paso y se observará un conjunto orgánico-fisiológico donde está sacrificada en aras de la belleza de

las formas, la fuerza de los movimientos y la energía de las masas musculares. La belleza superior de nuestra cara mitad obedece á su alto destino en la vida de la especie como depositaria de los gérmenes y conservadora del tipo de su raza, así como también es la principal transmisora de las enfermedades hereditarias. De aquí se desprende el culto supersticioso que la tributó el paganismo, y ésto explica igualmente las obras maestras de la escultura griega, de las Venus de Médicis y Milo: asimismo se explica la bárbara costumbre de los tebanos de ahogar en la cuna á los niños que eran extremadamente hermosos, sacrificando á la vez las niñas feas suponiendo que tan sólo cuando estaban los Dioses descuidados, se trocaba la hermosura de los sexos, afirmando que un hombre hermoso era una mujer hombruna y una mujer fea una bestia montesina.

Si analizamos la sensibilidad de la mujer, veremos que la sensación orgánica ó inconsciente no difiere en los dos sexos, pero sí notablemente la de la vida de sensación sentida; y no se crea que esto consiste en tener aquélla nervios más gruesos ó dotados de mayor actividad vital, lo es tan sólo porque goza de mayor aptitud para sentir y de facultad más grande para conmoverse. Esta facultad, ó sea la impresionabilidad, es en ella muy exquisita y constituye la característica fundamental de su vida moral, el centro del que parten en todas direcciones sus más nobles y levantados sentimientos.

A tan graduada potencia sensitiva é impresionabilidad tan fuerte debe el bello sexo sus más acentuados atributos morales é intelectuales, puesto que la gran movilidad y excitabilidad nerviosa que médicos y moralistas han colocado en igual categoría fundamental de su modo de ser, aparecen como consecuencia necesaria de la gran aptitud á conmoverse. Así vemos que



no pueden sufrir sin molestia las fuertes impresiones de la luz, ni los sonidos estrepitosos. que percibe gran suma de sensaciones por su delicado sentido del olfato, de aquí su pasión por las flores y los perfumes de todas clases; que su paladar es tan fino que no puede soportar bien los alimentos succulentos ni licores fuertes, salvo algunas excepciones, siendo por esta razón, naturalmente sobria y amante de las frutas; su tacto es tan delicado que no se aviene espontáneamente á otras ocupaciones que á las requeridas por la finura de este sentido.

Pasemos ahora á examinar los atributos morales de la mujer. Considerada ésta en su parte moral, la estimamos mucho mejor que el hombre en todas las situaciones de la vida; pues como niña es un modelo de obediencia y humildad; como esposa y madre ejerce la paciencia hasta lo sublime, y como mujer, en fin, es el consuelo de todos los afligidos, el bálsamo que cura todos los pesares, el paño que seca todas las lágrimas; de tal manera, que no vemos en la tierra un dolor en cualquiera de sus manifestaciones, sin encontrarnos junto á él á este angel tutelar para curarle ó mitigarle al menos.

La circunstancia de ser altamente impresionable da cierta amabilidad á su carácter que no tiene el hombre; ríe y llora como el niño, por el más leve motivo se abate y reanima, se entristece y se alegra y pasa rápidamente de una á otra manifestación de su sentimiento. Es expansiva en su trato, demasiado confiada en la amistad, no reserva sus pensamientos ni sus afecciones, la es penoso ocultar lo que su corazón encierra, y no tiene secretos para las personas que la rodean y que considera acreedoras á su cariño.

Es más resignada que su compañero en la desgracia, se sobrepone con grandeza de alma á los quebran-

tos producidos por las vicisitudes de la vida y tolera los males, así como una violenta transición de fortuna, con más serenidad y paciencia. Para ejercitar el bien, es siempre la primera; para hacer el mal, pues desgraciadamente no se halla exenta de las flaquezas humanas y de los crímenes de los hombres, siempre aparece la última. Para demostrar esta verdad, no hay más que recorrer la estadística criminal de todos los países, y se verá que la proporción de los delincuentes es, por término medio, una mujer por cada siete hombres. Tiene, como es natural, sus debilidades: es inclinada, con exageración, á la vanidad; da excesiva importancia al atavío exterior, á todo lo que puede realzar su belleza; le halaga la lisonja y oye sin desvío la adulación.

Sin embargo, estas debilidades están compensadas con nobles prendas y grandes virtudes: la mujer ama con lealtad; por lo general, es fiel á sus compromisos, y cuando falta ó hace traición á sus deberes, es porque ha sido herido su amor propio ó ha sido ajada y ofendida sin legítimo motivo; en tal caso, una venganza mal entendida la conduce á precipitarse en el vicio y á sumirse en la deshonra.

¡Pobres mujeres! Su vida es una perpétua esperanza y un contínuo desencanto. Abren los ojos para contemplarse bellas; abren los oídos para escucharse lisonjeadas; abren los labios para sonreír á la falacia; abren las manos para encontrarse esposas; abren los brazos para mostrarse madres; abren el entendimiento para sentirse víctimas. Sueñan más que viven. Desde la escena de la serpiente, hasta ahora, sin cesar, viene repitiéndose la misma catástrofe. Ellas tientan y los hombres las seducen; ellas combaten y los hombres las vencen; ellas sucumben y los hombres las injurian; ellas se pierden y los hombres se quejan. Ni es eso solo. Cuando ha pasado la edad de las fosforescencias informes, empieza la



era de los ímprobos sacrificios. El matrimonio, ese inmenso problema que fatiga la mente del filósofo, impónesele de súbito con la aspereza, con la ruda aspereza, de la realidad espantable. Más tarde, la maternidad reclámala nuevos, terribles deberes. Hay que cumplirlos sin conocerlos. ¡Dichosas si la viudez no llega á aumentar la carga de su flaqueza! (1).

La mujer es, en fin, un misterio, porque, efectivamente, es muy difícil conocerla; de mí sé decir que llevo estudiándola muchos años y no la conozco bien todavía, lo cual no es extraño, porque el estado de su espíritu obedece con el uso á las vicisitudes de su estado patológico.

Al estudiar los caracteres intelectuales de la mujer, nos encontramos con una dificultad mayor aún que para describir su parte física y moral.

La razón con sus severos atributos y la imaginación con sus risueñas y variadas creaciones, forman la naturaleza del sér intelectual, y en la desigual energía de sus manifestaciones en los dos sexos, se fundan sus caracteres distintivos.

Es un hecho evidente que entre los diferentes órdenes de facultades que comprende la razón humana, las perceptivas y afectivas sobresalen en la mujer, así como las reflexivas en el hombre.

En tesis general, carece la primera de genio elevado, de espíritu penetrante, de golpe de vista extenso; en una palabra, de fuerza creadora. Así se explica que no sea inclinada á la investigación experimental, á los estudios abstractos, á buscar la causalidad de los hechos y á elevarse á la esfera de los principios; quiere conocer la verdad, pero sin que la cueste el encontrarla grandes meditaciones y vigiliás; ama á la ciencia, pero desea

(1) Pablo Nougés.

que el camino que la conduzca á su templo sea fácil y llano; por esto elude la razón filosófica de las cosas, la generalización de lo particular; por lo mismo también tiene, por lo general, repugnancia invencible á los estudios científicos, y en particular á los psicológicos, morales y políticos; si se busca á la mujer en este terreno, rara vez se la encuentra.

Mas adviértase que esta distinción, señalada por la observación y la experiencia, no debe aceptarse de un modo absoluto, pues hay condiciones excepcionales que colocan á la mujer á la altura de las primeras eminencias en filosofía, en religión, en política y en la milicia.

No puede negarse que hay mujeres *originales*, ó, lo que es lo mismo, superiores, cuya anormalidad típica es reemplazada por una inversión intelectual del sexo; fundado en esta particularidad aconseja Max Nordeau, en su libro de *La Psicología fisiológica del genio y el talento*, "que nos guardemos bien de las mujeres originales, porque la desviación de su tipo, de cien veces ochenta es morbosa,,.

Testimonios evidentes de aquella superioridad son la insigne escritora y mística doctora Santa Teresa de Jesús; D.^a Oliva Sabuco de Nantes, digna del justo renombre que adquirió en filosofía; D.^a Beatriz de Galindo, Madame Sevigné, Madame Stael, Isabel la Católica, primera reina del mundo y quizá de las generaciones venideras.

En estos últimos tiempos pueden citarse como ilustres literatas y poetisas á Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cecilia Bohel, conocida por el pseudónimo de *Fernán Caballero*, Carolina Coronado, Angela Grassi, Blanca Gaseau, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos y otras.

Como de talento militar, unido á su valor personal,



merecen especial mención María de Anjou, Juana de Arco (1) y Agustina de Aragón (2).

Las facultades perceptivas no han sido cercenadas á la mujer, sino que las posee en alto grado, y principalmente la imaginación y fantasía, tan necesaria para la música, la poesía y las artes en general, que tienen por objeto la representación de la belleza: ejemplos de estos los tenemos en las celebridades antes citadas. En mayor escala aún posee las cualidades afectivas. Indudablemente, nada puede diferenciar más á los dos sexos que el sello característico que le dan sus afecciones. El sentimiento en ella es fuente inagotable de afectos, y el amor el móvil principal de sus acciones.

De tiempo inmemorial viene diciéndose que la mujer ha nacido para amar, y que el amor es su pasión dominante en todas las afecciones de la vida. Así es, en verdad, y este sentimiento, en sus variadas formas, se constituye en foco perenne, que se irradia á la familia y á la sociedad en que vive. En prueba de ello, contémplese á la mujer en la niñez, y sus infantiles gracias y su ternura amorosa, por sus padres, excederán á las del niño. A impulsos también de su corazón, ama al hombre y se une á él con vínculos indisolubles, mirándole y considerándole como ídolo de sus afecciones permanentes; ama después á sus hijos con cariño tan tierno y acendrado, que sacrificará por ellos tanto su bienestar como su reposo, placeres y deseos.

Ama á sus semejantes, y por eso la encontramos en los Asilos de Beneficencia ejerciendo la caridad, unas veces con el nombre de Hija de San Vicente de Paul, otras como Sierva de María ó de Hermanita de los Pobres, etc., etc.; finalmente, aman siempre á Dios y á

(1) Véase el reinado de Carlos VII en Francia y sitio de los ingleses á Orleans por Enrique VI.

(2) En el sitio de Zaragoza.

los santos, bien retiradas en el claustro, ya en el hogar doméstico entregada á la oración, ó ya en los templos pidiendo al Altísimo sus divinos dones.

Considerada la mujer en su estado social al través de los tiempos, nos ofrece también materia bastante para estudiarla en su estado de salud y enfermedad, justificándose una vez más nuestra tesis acerca de la influencia que tienen sus caracteres propios y su modo de ser, y la necesidad de que el médico tenga presente en el diagnóstico, pronóstico y tratamiento de las enfermedades de las mujeres su especial organización independientemente de su aparato sexual.

Finalmente, si la examinamos en las diferentes épocas históricas, veremos que en los tiempos primitivos, como el principal alimento de la familia era la caza, á la que el hombre se dedicaba constantemente, tenía por necesidad que encargarse su compañera de construir la choza con palos, piedras y yerbas, así como de cubrir la desnudez de ella y sus hijos con las pieles de los animales. En su vida nómada y errante cargaba continuamente con los groseros utensilios que constituían su albergue, llevando á la vez sobre sus hombros á los pequeñuelos; por manera que la mujer en los primeros tiempos no sólo era esclava sino también animal de carga.

Al asomar en Grecia y Roma los primeros destellos de la civilización, mejoró algún tanto la condición del sexo débil, pero el sensualismo lo dominaba todo, y más que objeto de consideración lo era simplemente de placer. Sólo así se comprende que al ensalzar á la mujer colocándola y deificándola en el templo de Venus se cuidase poco de su educación. Aun cuando entre los hebreos empezó á recibir la dignidad de esposa, puede decirse que no fué redimida hasta que apareció el Hombre-Dios y elevó á sacramento el santo lazo del matri-



monio. El cristianismo, á no dudarle, mejoró ostensiblemente el estado social de la mujer, principalmente en Europa y en la parte occidental del Asia; mas como la Iglesia y sus apóstoles no pudieron extenderse y propagar la nueva doctrina á los grandes desiertos de la Arabia, cuna del mahometismo, surgió allí con nuevos bríos la poligamia y corrupción de costumbres amparada con las leyes del Koran, continuando, por consiguiente, aprisionada en el Harem, esclava, envilecida y profanada: esta es, en tres palabras, la historia antigua de la mujer.

En la Edad Media se la vé ya, afortunadamente, ocupar un lugar distinguido en la sociedad.

El feudalismo, sustentado por la espada y el amor, olvidó las ciencias, á las que sólo se dedicaban los sabios varones recogidos en los claustros: el saber se hallaba vinculado en los monasterios, pero fuera de allí puede asegurarse que la principal ocupación del hombre era la guerra.

El espíritu democrático encarnado en el tercer estado, derribó en vigorosa lucha al feudalismo en Europa, y al establecerse las comunidades, no sólo se rompió la cadena del esclavo y redimió al siervo, sino que brotaron como por encanto las grandes iniciativas y los nuevos derechos de aquélla, influyendo, como es consiguiente, de un modo eficaz en los grandes actos de la vida de los pueblos.

En la época moderna alumbraron ya más claro los focos civilizadores, notándose que en cada siglo aumenta el progreso moral é intelectual, salvo algunos ligeros intervalos, y á su sombra acrece igualmente la consideración y aprecio de la mujer por sus hombres y sus leyes.

Los sagrados vínculos del hogar doméstico se generalizan en las naciones á medida que la instrucción se

difunde, y la benéfica influencia en la familia se deja ver al paso que se perfecciona la educación.

Está lejos de nosotros la idea de esperar la perfectibilidad y la felicidad completa en la tierra; surgirán, como siempre, grandes contradicciones; aparecerán nuevos eclipses sociales, pero abrigamos la fundada esperanza de que acelerando y extendiendo la educación moral de la mujer, se operará una completa reforma en las costumbres públicas y privadas, en el sagrado de la conciencia, en lo íntimo de la familia y en la cultura del pueblo en general, deparando de este modo á la humanidad días más dichosos y tranquilos que muchos de los registrados en la historia.

Respecto á la época presente, diremos, para terminar esta ligerísima reseña histórica, que estamos completamente de acuerdo con lo que dice la ilustre escritora D.^{na} Concepción Arenal en su precioso libro *La mujer del porvenir*, de cuyos principales párrafos entresacamos el siguiente por ser, en nuestro concepto, la síntesis de todos:

“Queremos que, puesto que las costumbres le conceden al hombre mayor libertad que á la mujer de Oriente, de la Edad Media y aun á principios del siglo XIX, su educación esté en armonía con esta libertad para que sepa usar de ella... A lo cual añadiremos nosotros: sin abusar de esta misma libertad, ni soñar con una independencia y unos derechos que no son compatibles con su misión en este mundo.

No se me oculta que existe hoy una gran corriente de opinión feminista, pero también conviene advertir que, sin oponernos al feminismo racional, que consiste en mejorar progresivamente la condición legal de la mujer, no podemos admitir los radicalismos feministas que pretenden igualar á los dos sexos en todos los derechos civiles, sociales, económicos, etc.; en suma, en



toda su vida jurídica, porque tal pretensión es opuesta á la naturaleza femenina.

De todo lo cual se desprende que nuestra compañera de la vida no es tratada por la ley con tanta injusticia como algunos suponen, sin comprender que la emancipación radical de aquélla es imposible por su compleción distinta de la del hombre.

Afortunadamente empieza á operarse una reacción saludable en algunos países cultos, procurando apartar al bello sexo de estudios inútiles, buscándole, en cambio, otras ocupaciones en armonía con sus condiciones físicas, morales é intelectuales.

En los Estados Unidos, en Francia é Inglaterra, existen departamentos en donde se ocupan hoy las mujeres en manipulaciones de la agricultura y sus industrias derivadas, compatibles con sus fuerzas físicas, procurando, de este modo, aunar la instrucción y educación de las mismas con la vida del hogar doméstico.

Esta reacción la han traído, indudablemente, las exageraciones modernistas, que tanto en este punto, como en otros, están causando mucho daño.

Demostrado hasta la evidencia el enlace íntimo que existe entre los caracteres propios de la mujer, cuya influencia se deja sentir lo mismo en el estado de salud que en el de enfermedad, pueden desde luego formularse las siguientes

CONCLUSIONES FISIOLÓGICAS

1.^a La mujer tiene el mismo origen divino que el hombre, pero en lo humano es más perfecta, habiendo sido dotada, por sus condiciones naturales, de una organización rica en sentimientos y de mayor delicadeza y sensibilidad sus tejidos, lo cual hace que la percep-

ción de toda clase de sensaciones sea también superior, si bien, en cambio, tiene menor energía muscular y menos fuerza intelectual.

2.^a El carácter moral de la mujer se distingue del de el hombre en el predominio de la emoción sobre la idea y en el de sus facultades afectivas; de aquí su influencia prestigiosa en la sociedad y en la familia.

3.^a La condición social de la mujer ha mejorado sucesivamente según los progresos de las leyes y costumbres, y su personalidad jurídica se ha ensanchado más á medida que los hombres la han ido dignificando, pero el pretender su emancipación absoluta, según se predica en los *meetings* y congresos feministas, es una utopía imposible de realizar, porque el hombre y la mujer se completan en la vida de la especie.

4.^a Las diferencias anteriormente enumeradas, son los fundamentos en que nos apoyamos para decir que la mujer no es sólo lo que es por su aparato generador, sino, además, por sus caracteres físicos, morales, sociales é intelectuales.

5.^a La Psicología-fisiológica es una rama de la Medicina que interesa por igual al médico que al jurisculto, y debe formar parte de la enseñanza universitaria.

CONCLUSIONES PATOLÓGICAS

1.^a El concepto de la Ginecología debe ser más amplio que el que se deriva de su valor etimológico, extendiéndose su estudio á todas las enfermedades propias del sexo femenino, cuya denominación antigua no ha debido suprimirse en los cuadros de la enseñanza oficial, puesto que dentro de nuestro criterio caben perfectamente los progresos morbosos del aparato genital.

2.^a El histerismo, la clorosis y cierta clase de fenómenos nerviosos, son patrimonio exclusivo de la mujer, pues los fenómenos convulsivos y anémicos que se



presentan en el hombre, no deben confundirse con aquellas enfermedades.

En efecto; ciertos ataques nerviosos que en el hombre simulan el histerismo, son casi siempre de origen cerebro-espinal; al contrario, en las mujeres proceden con gran frecuencia del aparato utero-ovárico, como lo demuestra la hiperestesia ovárica, tan común en ellas. Además, el síndrome histeriforme varía en sus caracteres principales. La anemia ó hisquemía es la disminución de la cantidad de sangre, casi siempre con disminución del número de hemátíes.

La clorosis consiste en la disminución de la hemoglobina, aunque el número de hemátíes sea normal, ó mayor aún; más claro, la anemia es una lesión cuantitativa de la sangre y la clorosis una lesión química.

3.^a Las enfermedades comunes á los dos sexos ofrecen igualmente alguna diferencia, pues el sello que en ellas imprime su organización especial modifican en ocasiones el diagnóstico, pronóstico y tratamiento, como sucede, por ejemplo, en la pulmonía.

4.^a No hay razón alguna para que los ginecólogos modernos hayan suprimido de los libros de texto las enfermedades de las mamas, cuyos órganos se hallan íntimamente ligados con la vida de reproducción, hasta el punto que no se comprende la belleza femenina sin estas glándulas maravillosas, ni bajo el aspecto estético ni en el orden de la perpetuación de la especie, en términos que, un escultor que prescindiese de los senos marmáreos, no podría representarnos la estatua de la Venus de Médicis ni la de Milo.

Para terminar: por lo anteriormente expuesto habréis comprendido que mi modesto trabajo, más que de investigación, es de crítica encaminada á estimular á mis colegas de profesión á fin de persuadirles de que es necesario estudiar la mujer sana con más profundidad

que hoy se estudia, para conocerla mejor en el estado de enfermedad, y á la vez llamar la atención, no sólo de los médicos sino también de los jurisconsultos, moralistas, sociólogos y especialmente de los dos primeros, acerca de la conveniencia de poseer conocimientos profundos de Física-psicológica, para poder resolver con verdadero acierto varias cuestiones que se presentan en la práctica médico-forense.

Y ahora, queridos alumnos, no olvidéis nunca aquel aforismo de Hipócrates, *ars longa, vita brevis*, porque el progreso vertiginoso de las ciencias y de las artes hace preciso trabajar mucho para aprender poco, y muy especialmente en las ramas experimentales del saber humano.

Respetad á los maestros como podéis respetar á vuestros padres; acomodad vuestras costumbres á la más sana moral; la asistencia á clase y el buen comportamiento en ella, son la base de la disciplina escolar, y no lo dudéis, sin los vínculos del cariño y respeto mutuo entre profesores y discípulos, no hay enseñanza posible.

No he de ocultaros que el trabajo es árduo y en ocasiones repugnante, pero el amor á la ciencia, la fé en el porvenir y la caridad cristiana, son poderosos elementos para vencer cuantos obstáculos se opongan en vuestro camino.

No olvidéis, tampoco, que vivimos en una sociedad profundamente perturbada y que á vosotros corresponde en parte, restablecer su equilibrio y la disciplina social, orientándoos, al efecto, en el santo temor de Dios y en el severo principio de autoridad, informados en el espíritu de justicia y compatible con la verdadera libertad.

HE DICHO.

X640879216

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6401846888





VNI^{ER}SIDAD
DE SALAMANCA

GREDO S. L. S. A. S.